

# Un dictador que agonizó con su régimen

*A Dictator Who Died with His Regime*

**Ismael Saz**

*Universitat de València*

*¿Qué relevancia consideras que tuvo el protagonismo de Franco en los últimos años de la dictadura y qué importancia cabe atribuir a su muerte en el final del régimen y el comienzo de la Transición?*

El protagonismo de Franco, incluso cuando con los años y las enfermedades el dictador pudiera parecer pasivo o ausente, fue siempre fundamental. Por una parte, porque siguió siendo el árbitro o mediador imprescindible, el que por eso mismo tenía siempre la última palabra. Por otra parte, Franco había devenido en casi la única fuente de legitimidad, el único pilar indiscutido de un régimen que se desmoronaba. Su obvio protagonismo en las últimas ejecuciones de la dictadura, vino a confirmar que la represión y el dictador fueron siempre, desde el principio, de la mano.

Otra cosa es que Franco fuera sometido a presiones por distintos actores o sectores del régimen, como lo que se conoció como la camarilla de El Pardo o el Búnker. Pero las dudas, desaciertos y contradicciones que acompañaron los últimos años del dictador venían de otra parte: fundamentalmente del hecho de que el régimen había entrado en una crisis terminal de la que la propia descomposición física del dictador podría constituir una clara metáfora.

*¿Qué factores (sociales, económicos, políticos, culturales) crees que resultaron fundamentales en el final del franquismo y en el proceso de cambio posterior? ¿Qué función desempeñaron el movimiento obrero y los demás movimientos sociales? ¿Qué papel tuvo la «cuestión nacional»?*

No hubo una crisis súbita e inesperada en el final de la dictadura. De hecho, el proceso de erosión del régimen fue *in crescendo* desde los años cincuenta. Fue entonces cuando el régimen pierde la batalla de la cultura, la cual hablará en lo fundamental, en lo sucesivo, en «antifranquista». También se inicia entonces la pérdida de la Universidad que será prácticamente total ya en los años 60 con dos hitos fundamentales: la desaparición del SEU, esto es, del principal instrumento de control de los universitarios, y la abrumadora presencia de la policía armada en los campus. A finales de los años cincuenta emerge también uno de los fenómenos más innovadores de la época, un nuevo movimiento obrero protagonizado en lo fundamental por unas Comisiones Obreras capaces de penetrar en el aparato sindical del régimen —el «Sindicato Vertical»— y sometidas por ello, al final de la década de los sesenta, a una brutal represión. Por entonces la emergencia de

la cuestión nacional, aunque con características, prácticas y dinámicas distintas, en el País Vasco y Cataluña, condujo al propio régimen a asumir que, en este terreno, tan esencial para el rancio nacionalismo españolista que caracterizó a la dictadura, estaba perdiendo la batalla. También en los barrios se experimentó ya en los años setenta un crecimiento exponencial que convirtió a las asociaciones vecinales en plataformas de la lucha antifranquista y escuelas de democracia.

Fue la sociedad civil, en suma, una sociedad crecientemente movilizadora y politizada, la que fue pasando de forma irreversible a la ofensiva en los años finales del régimen. Y fue esa dinámica la que, por una parte, provocaría el agravamiento de las fisuras y fracturas de los distintos apoyos de la dictadura. Fundamental en este terreno fue el protagonismo de la Iglesia. No ya en su jerarquía, una parte de la cual se mantuvo, hasta el final, identificada con la dictadura, mientras que otra avanzada hacia posiciones cada vez más democráticas, sino sobre todo por un cristianismo de base que jugó un papel destacadísimo, con los comunistas, en la emergencia, entre otras cosas, del ya mencionado nuevo movimiento obrero. Por otra parte, fue esa misma sociedad civil, tomada en su conjunto, la que tras la muerte de Franco hizo inviables los intentos de perpetuación de la dictadura revistiéndola como una especie de pseudodemocracia postfranquista. No otros eran los objetivos del primer ensayo reformista, el de los Carlos Arias, Manuel Fraga o el propio rey. Fueron, en efecto, las extraordinarias movilizaciones populares de los primeros meses de 1976 las que dieron al traste con dicho proyecto.

*¿Consideras que la salida que resultó triunfante en el proceso de cambio*

*postdictatorial era la única posible o existían factores que hubieran podido conducir a otras alternativas?*

Lo único que puede afirmarse con total certidumbre es que la salida democrática era inevitable. Podía haberse retrasado algunos meses o, como mucho, algunos años, pero era inevitable. Otra cosa es que podamos determinar desde hoy, con el inevitable «sentido del después», si todos y cada uno de los elementos que convergieron entonces hubieron de producirse necesariamente tal y como lo hicieron finalmente. Se ha especulado sobre el comportamiento de los sucesores de la dictadura, sobre las políticas de la oposición antifranquista, sobre la del propio rey, sobre el papel del ejército o sobre el lugar de la sociedad internacional. Todas estas cuestiones necesitan de estudios en profundidad que nos ayuden a tener una visión más rica, compleja y, desde luego, crítica de aquellos momentos decisivos. Por supuesto, ello permitirá captar mejor las eventuales derivaciones que habrían seguido a posibles cambios en los terrenos mencionados. Pero no es nuestro papel el de convertirnos en jueces supremos de la historia para «pontificar» acerca de posibles resultados alternativos.

*¿Cómo juzgas la memoria en torno a la Transición y a qué tiene asociada esa etapa la ciudadanía? ¿Qué mitos perviven en torno al proceso?*

Existen pocas dudas acerca del hecho de que la memoria de la transición es una memoria dividida y, añadiríamos, radicalmente insuficiente. No en último lugar porque da la impresión de que ha permanecido en buena medida ajena al estudio de la «memoria histórica», o, mejor, de la «memoria democrática» respecto de la cual aparece con frecuencia como una especie de coro-



Estudiantes manifestándose contra las agresiones fascistas en la Universidad. Madrid, 1979 (Archivo de la Transición).

lario que no merecería mayor indagación.

Esta es quizás una de las razones de la persistencia de una serie de percepciones dominantes en el imaginario popular que no siempre son acordes con las que los estudios serios van avanzando. Porque, en efecto, parece que la imagen de una transición exitosa, ejemplar, inmaculada, pacífica y superadora de una vez por todas de las endémicas carencias, divisiones y enfrentamientos entre los españoles, sigue siendo la mayoritaria.

Naturalmente, esta visión no es única y cuando hablamos de una memoria dividida, lo hacemos también en relación con los relatos transmitidos por sectores académicos, mediáticos y políticos. En este sentido, la gran línea divisoria es la que se establece entre los que podríamos llamar una visión «santificada» de la transición y una visión

«demonizada» de la misma. Con todos sus matices, la visión absolutamente positiva de la transición viene a hacerla el origen de todas las virtudes y logros de la España democrática hasta el punto de construir un relato mítico con efectos muchas veces conservadores cuando no claramente involucionistas: puesto que la transición fue ejemplar, como supuestamente, lo fue el «consenso», y, no menos supuestamente, su carácter pacífico, cualquier cambio o avance en dirección políticamente progresiva, socialmente avanzada o culturalmente inclusiva puede ser anatematizado como una ruptura con él, siempre supuesto, «espíritu de la transición».

Alternativamente, una visión crítica de los avances, logros o insuficiencias de la transición, puede derivar en enfoques también contradictorios. Así, lo que llamamos

visión «demonizada» que vería en la transición —«régimen del 78»— el origen de todos los males e insuficiencias de nuestra actual democracia, puede acertar a la hora de constatar los límites del proceso democrático, de señalar la persistencia de actitudes, supervivencias y prácticas políticas e institucionales poco acordes con una democracia «plena». Pero conduce también a juicios y valores rotundos, a absolutos que, también por este lado, simplifican la complejidad de aquellos procesos, las dificultades y obstáculos, a veces poco menos que insalvables, que hubieron de enfrentar las fuerzas democráticas procedentes del antifranquismo. No en último término esta visión «demonizada» puede tener efectos paralizantes, toda vez que ignoraría que mucho se podría haber avanzado en las más de cuatro décadas que siguieron a la aprobación de la Constitución, e ignoraría también que los desafíos del presente no se solucionan «echándole la culpa al pasado».

*¿Crees que debería procurarse introducir una visión más compleja de esos años en el currículum docente preuniversitario?*

En mi opinión ello es más necesario que nunca. Lo es, en primer lugar, porque como toda etapa histórica, requiere de un conocimiento crítico capaz de devolver a la historia la complejidad que la caracteriza. Algo que en la medida de lo posible la aleje de relatos simplificadores que no hacen sino construir mitos que se proyectan hacia el presente con unos usos políticos no siempre aceptables. En segundo lugar, en tanto en cuanto tratamos de una etapa histórica que está en los más inmediatos orígenes de nuestro presente, un conoci-

miento crítico del proceso que conduce a la conquista de la democracia, con todas sus dificultades e insuficiencias, con todo lo que tiene de proceso, siempre, en construcción, pero también con sus logros parece absolutamente fundamental. Más concretamente, resulta básico el conocimiento de que en que el proceso de conquista de la democracia el protagonismo fundamental no correspondió a elites más o menos heroicas o posibilistas —ni a «reyes ni tribunales», añadiríamos— sino a una sociedad civil ampliamente movilizadora en sentido democrático. Dicho conocimiento serviría para recordar que aquellas «escuelas de ciudadanía» deberían estar presentes, también para construir ciudadanía, en nuestras escuelas de ahora.

Finalmente, no se puede dejar de hacer referencia al más presente de todos los presentes. El que tiene que ver con un cambio fundamental en los medios de comunicación respecto del conocimiento y aproximación a la realidad, del presente y del pasado. Es perfectamente conocida ahora la problemática que engloba a la utilización de las redes sociales, al retroceso de los medios de comunicación «tradicionales», en los que había, digámoslo sí, ética y códigos mínimos. Sabemos también que por este lado se cuelan falsificaciones de todo tipo que desgraciadamente redundan en muchas ocasiones en beneficio de la extrema derecha. Por esto también, desde el más presente de nuestros presentes, hay que decir que sí, rotundamente, que la escuela es casi nuestra última defensa, además de un medio imprescindible para la introducción de estas visiones más complejas y racionales que nuestra sociedad necesita.